

La muñeca me miró con los ojos azules. Le devolví la mirada. Sentí que era una extraña en nuestra casa. Fue entonces cuando decidí averiguar que tenía por dentro. Me fui para la despensa y traje el destornillador de papá, el de mango amarillo que sonaba como si tuviera cuerda cuando le daba vueltas. Se lo metí en un ojo y se le salió, era una bolita de vidrio azul, la otra se salió sola porque se había reventado el hule que las sostenía y las hacía abrirse y cerrarse. Luego le despegué los brazos y las piernas; no tenía nada por dentro. La metí en una lata de galletas y la guardé debajo de la cama.

No les pedí que me regalaran una muñeca. Quiero una bicicleta como la de mis hermanos, pero a papá le da miedo; él dice que las bicicletas no son para niñas. Las niñas tenemos que jugar con muñecas. La mía es dura y fría, tiene los ojos azules y el pelo crespo. Nunca la quise, prefiero la ardilla y los caballos de piel suavecita. La trajeron de España. Todo lo que viene de allí es una maravilla. El abuelo, la abuela y los tíos también vinieron de allá, en cambio nosotros nacimos aquí, como la ardilla que corre por las copas de los árboles para mirar la finca, comerse los mangos, jugar con el viento. Yo también me subo muy alto cuando papá no me ve. La abuela y las tías nunca trepan a los árboles, deben aburrirse mucho dentro de la casa.

Yo creo que a las personas grandes se les gasta el cerebro por no poner la cabeza al sol, por no correr en el callejón, por no bañarse en el agua fría del río.